

EL VALOR PEDAGÓGICO Y CREATIVO DE LA POESÍA

Autor Juan Gabriel Araya Grandón
Depto. de Artes y Letras

RESUMEN

Este trabajo está destinado a establecer un punto de vista acerca de uno de los sentidos posibles de la poesía, a fin de hacer palpable en el lector la belleza que puede albergar un texto poético. El poeta Vicente Huidobro, el lingüista Eugenio Coseriu y una niña de ocho de Educación General Básica nos ayudan en esta comprensión del objeto poético que se pone a disposición del público lector.

La idea primordial que se pone en juego es que la poesía cuando es verdadera produce un cambio de lugar de los elementos lexicales y desautomatiza el lenguaje.

Soy un convencido de que la poesía existe en todas partes. No hay razón para pensar que sólo se encuentra en el poema; sólo por costumbre la referimos únicamente a ese extraño cuerpo verbal que, aparentemente, no sirve para nada.

La poesía está en el aire, en el arte y en una mirada que nos trastorna. El poema contiene poesía y ese debe ser el verdadero poema. Contiene lenguaje, más que nada palabras, cuerpos fónicos que entran, a veces, en extrañas combinaciones dirigidas a hacernos ver el mundo de otra forma. Esporádicamente no tiene ni siquiera palabras.

A su vez, el poeta va desde la vida a la realidad. No existe el poema situado en el aire o en el vacío. El poeta hace de la lengua conversacional, una poética. Pone el acento en la función emotiva, expresiva o poética del lenguaje, sin despreocuparse tampoco ni de la representativa ni de la apelativa. Connota más que denota. El poeta busca otros significados, sentidos. Se dirige a la carga bisémica o polisémica de las palabras. Las da vuelta como si éstas fueran piedrecillas de cristal, las que según la posición en que se hallen, brillarán o entregarán sus colores y matices.

Cambia de lugar los elementos lexicales, que se han seleccionado previamente, combinándolos en armonía. En oportunidades se dirige contra la racionalidad gramatical, en otras ataca el sentido común de las referencias cotidianas, pulverizándolas.

En general, la literatura, y con mayor razón la poesía, desautomatiza el lenguaje. Saca una palabra de su contexto habitual y la pone en otra sala del espacio habitado por el arte. Y de este modo, las palabras iluminan mejor la vida, iluminándose, a la vez ellas mismas.

Si es que alguna vez el lenguaje de una nación tendiera a petrificarse, como ocurre en el período de las dictaduras, el de la poesía evitaría el avance de dicho fenómeno. Al respecto, hay que entender que el lenguaje es un fenómeno social, pues el léxico está al servicio de la comunicación de los hombres y de la ampliación de su universo de significado. Se hace presente por la abstracción que se produce al nombrar cosas y objetos, incluyendo en el uno a todos. Si se nombra un lirio o a una rosa, se piensa en todos los lirios y rosas del mundo.

En relación con este último punto, es pertinente indicar que justamente contra esa si-

HORIZONTES EDUCACIONALES

tuación tiene que luchar el poeta que desea perfilar individualidades. Si algo caracteriza el ejercicio del arte, en especial, al poético, es la singularidad. El poeta deberá bregar en contra del sentido común impuesto por las convenciones lingüísticas. Sin embargo, tampoco se trata de una contienda permanente, puesto que en algunas ocasiones interesa conservar el primer sentido de la palabras o el más denotativo.

De esta manera hay que entender el aporte espiritual, literario y lingüístico que nos han hecho al país y a nosotros los grandes poetas chilenos: Los Pezoa Veliz, los Neruda, los Huidobro, las Mistrales, los Parra, los Rojas, los Teillier... Allí están vigilantes y atentos en su tarea de dinamizar la idea y la palabras, su regia vestimenta.

Por las razones que se han señalado comprendemos lo que en el año 1921, nos dijo Vicente Huidobro:

Aparte de la significación gramatical del lenguaje, hay otra, una significación mágica que es la única que nos interesa. Uno es el mundo sin sacarlas fuera de su capacidad, de su calidad de inventario; el otro, rompe esa norma convencional y en él las palabras pierden su representación estricta para adquirir otra más profunda y como rodeada de un aura luminosa que debe elevar al lector del plano habitual y envolverlo en una atmósfera encantada.

En todas las cosas hay una palabra interna, una palabra latente y que está debajo de las palabras que los designa. Esa es la palabra que debe descubrir el poeta.

El poeta Huidobro sabe muy bien aquello que dice. Es un creacionista, un poeta que rompe esquemas.

La palabra es la materia prima del poema. La palabra, que en su capacidad verbal y sonora nos distingue o identifica con los demás, puede ser un viento salvaje o una brisa cultivada con amor en las gargantas óseas de la carne. La palabra, como lo hacía el hechice-

ro de la antigua tribu con sus hermanos, nos hace temblar de espanto o dormirar, embelesados por el arrullo de la madre o de la amada.

La palabra nos separa de los animales -lo afirma Octavio Paz, entre otros- y de la naturaleza en bruto; sin embargo, recurrimos a sus propiedades al realizar nuestras oraciones y conjuros. Si la palabra no se pronuncia, es la nada; si se oculta, es el desconocido precipicio; si se dice, es la respiración o "el pájaro verbal que vuela de tu lengua", como lo señala Gonzalo Rojas, refiriéndose al cubano Lezama Lima.

El verso de Gonzalo Rojas nos lleva a considerar, una vez más, como un gran acierto el pensamiento del filósofo alemán Martín Heidegger cuando, en su trabajo sobre el poeta "Hölderlin y la esencia de la poesía", afirma: "El ser del hombre se funda en la palabra; mas la palabra viene a ser como diálogo. Y éste, su modo de venir al ser, no es uno de tantos; sólo en cuanto diálogo la Palabra es esencial al hombre".

La palabra cruza la historia como un látigo de acicate o de castigo, se alza rotunda o se desliza esquivo por orejas de plebeyos y cortesanos; da esperanza o desesperanza al sujeto que habita en cualquiera de los rincones del mundo. Tiene las piernas cortas de la mentira o los zancos largos de la verdad. En las épocas críticas se disfraza detrás de otras palabras o se refugia en la vaciedad, perdiendo su hueso y su médula. En épocas de quietud se torna conversacional y calmada.

A veces, muchas palabras no cumplen su función de iluminar los conductores de grupos humanos y se llega a la perfección del arte de no decir nada, como en algunos discursos políticos. Sin embargo, la palabra cuando es auténtica, fortifica y ennoblece el espíritu, horada las tinieblas y ahuyenta el parloteo de confusos fantasmas.

Respecto de este asunto es conveniente tener en cuenta las observaciones que ha hecho el lingüista Eugenio Coseriu en su libro

El hombre y su lenguaje (Madrid, Gredos, 1977):

... el lenguaje poético no puede interpretarse como reducción del lenguaje a una supuesta "función poética". Por un lado el lenguaje poético no representa una reducción del lenguaje; por otro, no se añade propiamente ninguna función, ya que las diferentes posibilidades que en tal lenguaje se actualizan, pertenecen ya al lenguaje como tal. Se llega, pues, a la conclusión de que el lenguaje poético representa la plena funcionalidad del lenguaje y de que, por tanto, la poesía (la "literatura" como arte) es el lugar del despliegue, de la plenitud funcional del lenguaje.

La poesía no es, como a menudo se dice, una "desviación" con respecto al lenguaje "corriente" (entendido como lo "normal" del lenguaje): en rigor, es más bien el lenguaje "corriente" el que representa una desviación frente a la totalidad del lenguaje. Esto vale también para las demás modalidades del "uso lingüístico" (por ejemplo, para el lenguaje científico): en efecto estas modalidades surgen, en cada caso, por una drástica reducción funcional del lenguaje como tal, que coincide con el lenguaje de la poesía.

Algunos de los conceptos anteriores, más el gusto por la belleza poética, por su lectura y comprensión, harán posible que el estudiante entienda y de vele algunas de las claves del acceso a la gran poesía chilena e hispanoamericana contemporánea. Tales conceptos unidos a la contextualización y al estudio de la situación poética, aquello que se llama "poesía situada", constituirán valiosos auxiliares para encontrar el camino de acceso que conducirá a un sentido mayor y más pleno del ser poético. Por último, expresamos que respetemos pro-

fundamente los conceptos que hemos emitido anteriormente. En cada uno de ellos se encuentra parte de la verdad, sin embargo, la mayor credibilidad acerca de lo que es poesía, me la otorga una niña de apenas ocho años de edad que al hacer su poema cursaba sólo el tercer año de Educación General Básica. Me refiero a Marién Darras Araya quien, en términos simples, de acuerdo a su sensibilidad de niña, nos ha regalado un poema precioso, el cual encierra el verdadero sentido de lo que es la poesía. Nos recuerde o no un poema semejante de Gustavo Adolfo Bécquer, creemos que es igualmente válido en relación con el punto de vista que presentamos. El poema es el siguiente:

¿Qué es poesía?

Le pregunté a una jirafa ¿Qué es poesía? Tres días de vacaciones y una rica sandía.

Le pregunté a un elefante ¿Qué es poesía? Tirar agua por la trompa al medio día.

Le pregunté a mi profesora ¿Qué es poesía? Enseñar a los niños y ser su guía.

Me pregunté a mi mismo ¿Qué es poesía? Jugar con la imaginación y soñar con la alegría.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. COSERIU, EUGENIO, 1977: **El hombre y su lenguaje**, Madrid: Editorial Gredos.
2. HEIDEGGER, MARTIN, 1991: **Hólderlin y la esencia de la poesía**, Barcelona: Editorial Anthropos.
3. HUIDOBRO, VICENTE, 1976: **"La poesía"**. Conferencia leída en el Ateneo de Madrid en Obras Completas. Tomo I, prólogo de Hugo Montes, Santiago: Andrés Bello.
4. PAZ, OCTAVIO, 1972: **El arco y la lira**, México: Fondo de Cultura Económica, 3- edición.
5. REYES, ALFONSO, 1969: **La experiencia literaria**, Buenos Aires, Losada, 3- edición.
6. ROJAS, GONZALO, 1984: **Del relámpago**, México: Fondo de Cultura Económica, 2- edición.